

Un balance subjetivo de mi historia escolar

A subjective balance of my history in school

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i28.1433>

Anahí Andrea Quiñonez Velázquez*

Si toda ecuación atiende un principio de igualdad y balance entre valores desconocidos, comenzaré por lo conocido, que es mi propia historia de vida y experiencia en la docencia e investigación, para dirigir mi argumentación hacia lo que deseo conocer.

Nací en la ciudad de Guadalajara, soy parte de una familia extensa y crecí en un barrio humilde de la zona conurbada. Cuenta mi madre que desde muy temprana edad ya ponía en juego mis anhelos y deseos respecto a mi vocación. Ser maestra era uno de mis juegos favoritos, quizá por inspiración de otras grandes maestras que marcaron mi vida de diversas maneras en lo que respecta al amor por la literatura y la poesía. Transité por la escuela pública hasta llegar al primer encuentro con la educación secundaria, el cual fue un tanto desafortunado, ya que siempre me pareció un dispositivo disciplinario donde operaba la autoridad hasta el punto esquizofrénico del autoritarismo por parte del directivo de la secundaria técnica a la que acudí, y donde sin más pena ni gloria culminé los estudios.

Años más tarde, por inspiración de un gran maestro de filosofía, me decanté por estudiar dicha carrera, la cual está estigmatizada socialmente por las pocas oportunidades laborales existentes en este país. No obstante, con todo el fervor y el ánimo contestatario que me caracteriza, decidí profundizar sobre mis propios intereses poéticos, académicos y personales, para darme cuenta de que la filosofía es un estilo de vida y que no se aprende filosofía, sino que se aprende a filosofar.

Al culminar la carrera de filosofía me enfrenté a la perplejidad no sólo de encontrar un empleo *ad hoc* a mi formación, sino a la posibilidad de seguir aquellas sabias palabras de Platón, cuando afirmaba que la virtud puede ser enseñable y que, retomando las palabras de su maestro Aristóteles, se debe incitar permanentemente a la curiosidad para hacer de ésta una virtud propia tanto de quien enseña como de quien aprende. En esa tónica, mi primer trabajo como docente lo encontré en un aviso de ocasión en el periódico, que nunca olvidaré, el cual capturó

* Estudiante de Doctorado en Educación, Universidad de Guadalajara. México. anahi.quinonez7086@alumnos.udg.mx

mi atención porque se solicitaba Licenciada en Filosofía para ser docente de español y de ética a nivel de educación secundaria. Sí, retorné a ese lugar ominoso de mi historia escolar al que nunca me hubiera gustado volver por cuenta propia.

Pero ahora mi rol y mi apuesta eran distintos, ya que me presentaba como una profesora joven, novata y entusiasta, aunque con conocimientos mínimos en lo que respecta al terreno didáctico-pedagógico, en una institución privada, por lo que me tocó experimentar diferentes situaciones que implicaron lánguidas y múltiples charlas dentro y fuera del aula, de conexión con los adolescentes, de espacios para desarrollar la escritura creativa o construir serios debates respecto a los problemas sociales, que no son pocos en este país. También tuve la fortuna de coincidir con maestras que, al igual que yo, teníamos ese afán de intentar transformar las prácticas pedagógicas desde el ensayo y error, con cuestionamientos más profundos y auténticos que conlleva el encuentro continuo con adolescentes. Sin embargo, la educación privada siempre se me ha presentado como un modelo de sinsabores donde el educando se convierte en un cliente y tú como docente debes subsumirte a la lógica neoliberal de ejecución de procesos.

Ser maestra de secundaria en el terreno privado, me permitió recordar toda la serie de prácticas pedagógicas anquilosadas a la que estuve expuesta en mi historia escolar para no cometerla, fue casi como formular toda una pedagogía del error, en un ejercicio de hacer consciente todo lo que inconscientemente se juega en la docencia y en esa relación imbricada, compleja y mágica que es la enseñanza y el aprendizaje con adolescentes, donde queda mucho por hacer con su rebeldía, sus ganas de reescribir el mundo y su creatividad, muchas veces obturada y constreñida por diferentes mecanismos institucionales.

Fue precisamente este contacto cercano, fresco e interesante con los educandos, lo que me incitó a seguir formándome no sólo en el terreno didáctico-pedagógico, sino a transitar por senderos investigativos. Por lo que en 2014 ingresé a la Maestría en Investigación Educativa de la Universidad de Guadalajara y tuve que hacer un paréntesis necesario y reflexivo en lo que respecta a la docencia.

En dicha maestría tuve la oportunidad de enfrentarme por primera vez a un proceso investigativo formal. Mi primera indagación fue inductiva y muy apasionante, trabajé teórica y metodológicamente con narrativas de docentes de educación secundaria durante la novena reforma educativa de 2013. Esta reforma tenía un cariz altamente punitivo y evaluativo. En aquel entonces, el gremio docente estaba apabullado por las circunstancias y por la violencia en términos tanto físicos como simbólicos. Por varios meses realicé acercamientos, observaciones y entrevistas; primero dirigí las entrevistas exploratorias a estudiantes de secundaria, luego a docentes como sujeto colectivo y polifónico que, desde la rabia, la angustia y la incertidumbre, me compartieron relatos de experiencias que se convirtieron en el corazón de mi primera tesis de posgrado, y a través de la cual desarrollé la capacidad de la escucha atenta, densa y profunda ante el encuentro con la otredad, con sus voces y disidencias.

Con el paso del tiempo y al concluir la maestría, retorné a la docencia en secundaria. En esta ocasión tuve la oportunidad de poner a prueba mis conocimientos en dicho territorio, por lo que realicé un examen de oposición para ingresar al sistema de educación público a nivel federal y ¡voilà!, fui recibida por un gentil director que me propuso cambiarme de turno para cederle mis horas asignadas como docente a su hija. Sí, el nepotismo es parte del *modus vivendi* en este país y cómo no iba serlo en una escuela secundaria técnica situada en un barrio conflictivo y fronterizo entre los municipios de Guadalajara y Zapopan, en uno de los tantos cinturones urbanos de la pobreza, donde la misma supervisión se muestra temerosa y titubeante para realizar las visitas correspondientes.

Como era de esperarse, no acepté la propuesta del director y me dirigí a la instancia correspondiente para denunciar la situación, por lo que solicité mi traslado a una escuela secundaria en Huentitán, donde trabajé sólo las dos semanas previas a la conclusión del ciclo escolar 2019, ya que me convertí en mamá por primera vez.

Fueron estos últimos establecimientos educativos donde conocí un México profundo, diverso, convulso, violento, pero también esperanzador. Estas circunstancias me llevaron a plantearme la posibilidad de explorar la cultura institucional escolar, a sabiendas de la complejidad y dificultad que el propio concepto entraña. Entiendo la cultura institucional en su propio lenguaje (Fernández, 1998), con sus propias reglas del juego y las formas de proceder que representan el fondo y el telón de la obra (Friggerio *et al.*, 1992) donde aparecen las prácticas de los sujetos de la educación, por lo que se asume a la escuela como un espacio simbólico que da sentido (Recalcati, 2016), orienta las acciones o imposibilita que las iniciativas de los directores u otros actores se aterricen.

La experiencia de articular maternidad y docencia fue fructífera, pero mis aspiraciones siempre estuvieron puestas en seguir aprendiendo y retornar a la indagación educativa, de tal suerte que aspiré al Doctorado en Educación en la Universidad de Guadalajara –y por fortuna fui admitida– bajo la premisa de reconocer que mi principal tarea como aspirante a científica social se relaciona con la manera de pensar reflexivamente una figura que considero clave en este segundo acercamiento al mundo educativo, y refiere precisamente a los directores (un gremio altamente masculinizado, invisibilizado o perdido entre la multitud de actividades administrativas que realizan, además de su malinterpretado cacicazgo en las escuelas).

Mapear los aspectos culturales de una institución desde la perspectiva narrativa de sus directores, tiene que ver con la posibilidad de trazar líneas heurísticas que permitan conocer, desde las voces de dichos sujetos, los aspectos culturales, institucionales y organizacionales que atraviesan la educación secundaria, superando la perspectiva legal y formalista de las mismas, tratando de rastrear y descifrar algunas de las prácticas latentes e informales pero muy operativas; me refiero abiertamente a la corrupción, el nepotismo y otras situaciones que forman parte de las ceremonias mínimas, de los rituales escolares, de las inercias y resistencias por parte de algunos docentes.

En este sentido, mi implicación con la elección de la temática es total y vinculante con mi experiencia docente y estudiantil en dicho nivel educativo. Me interesa pues centrarme en los tipos de liderazgo, el carisma o la falta de este, para ejercer movimientos con posibilidades creativas e instituyentes al interior de las escuelas, comprender junto con estos directivos/as cómo interpretan e interpelan el poder desde su autoridad. A su vez, cómo entienden el funcionamiento organizacional que debe tener como horizonte el desarrollo armónico, creativo y respetuoso de los adolescentes que reciben el servicio educativo, antes que lo administrativo y burocrático como vicios en los que recae muchas veces el actuar directivo.

Pretendo, de manera general, establecer un puente dialógico, narrativo e interpretativo entre subjetividades e instituciones. Para así, capitalizar mi experiencia, los saberes y conocimientos que se tejen sobre las escuelas como instituciones.

Referencias

- Fernández, L. (1998). *El análisis de lo institucional en la escuela*. Argentina: Paidós.
- Frigerio, G.; M. Poggi; G. Tiramonti (1992). *Las instituciones educativas. Cara y ceca. Elementos para su comprensión*. Buenos Aires: Troquel.
- Recalcati, M. (2016). *La hora de la clase*. Barcelona: Anagrama.